

LIBRO

MARK FALCOFF: *MODERN CHILE 1970-1989. A CRITICAL HISTORY**

Joaquín Fernando H. **

UNA HISTORIA SEPULTADA

La crisis del sistema político chileno a comienzos de los años setenta, que desembocó en el gobierno militar y en el gobierno personal más largo de la historia del país, ha dejado de ser una protagonista de la escena analítica. Y como punto de referencia de la vida pública, sólo se la trata de soslayo. Esto sucede no sólo en el exterior, donde ya hace tiempo Chile se sumergió en el olvido, probablemente para nuestro bien, sino que también en la conciencia nacional, lo que puede tener consecuencias más resbaladizas.

La decadencia en el interés intelectual que ha provocado en estos últimos años el período de la Unidad Popular tiene también otra explicación: la notoria inflación en el número de trabajos sobre este tema desde comienzos de los años 1970. Tampoco era una situación normal; los recursos y el apetito para esta cuestión tenían que menguar. En la historia del tratamiento de los temas, estas idas y venidas de los intereses, tan indistinguibles de las simples modas, son por lo demás comunes. Existe, naturalmente, el hecho de una saturación que requiere de una pausa de parte del intelecto. Por ello resulta interesante, tanto en Chile como en Estados Unidos, la aparición de este libro de Mark Falcoff. Además es un hecho

*Reseña del libro de Mark Falcoff, *Modern Chile 1970-1989. A Critical History* (New Brunswick, Londres: Transaction Publishers, 1989).

** Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad Católica de Valparaíso y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

refrescante debido a la aproximación relativamente novedosa con que el autor desarrolla el tema.

Por una parte, el libro de Falcoff, a diferencia de los trabajos de tantos chilenólogos norteamericanos, sustrae al escenario chileno de un análisis centrado en la "dependencia" con EE. UU. Lo coloca, en cambio, en relación a su propia historia y a las alternativas y circunstancias que existían hacia 1970. De esta manera el desenlace chileno no es visto como subproducto de la proyección norteamericana, sino como resultado de constreñimientos y elecciones efectuados por los actores chilenos en Chile, aun manteniendo como un tema importante la política de Washington y su influencia en los acontecimientos del país austral. Por otro lado, el autor pertenece a la escuela, más bien minoritaria, de latinoamericanistas norteamericanos que poseen una vasta formación cultural que les permite pensar más profundamente los argumentos y hallar las paradojas en afirmaciones aparentemente lógicas. No en último término, esto se revela en una prosa rica y fluida que ayuda a traslucir la complejidad de los hechos sin perder claridad expositiva y analítica.

El "Chile moderno" del que habla Falcoff no está referido por cierto a la modernización reciente (un título más estricto hubiera constreñido las fechas a 1970-1973), sino que a las alternativas que posibilitaron el surgimiento del gobierno de Allende y que favorecieron su catastrófico derrumbe. Los actores políticos y sociales chilenos y el rol de EE. UU. son los principales elementos que analiza. Su estudio está basado en una impresionante masa documental que aparece ampliamente en las notas, aunque destaca —salvo cuando requiere datos estadísticos— la literatura producida en EE. UU. antes que la publicada en Chile o en el resto del mundo. Sobre todo, el autor se preocupa de reducir las interpretaciones existentes a tesis que luego procura demoler, generalmente con éxito. Si existe un interés de debate en Chile, quienes defienden las interpretaciones favorables al gobierno de la Unidad Popular deberían estar llamados a efectuar una crítica de este texto, la que para ser fecunda debe fijarse en la línea argumental del autor y no limitarse a una proclamación de fidelidades carentes de sentido para la búsqueda intelectual.

Frente a las interpretaciones más corrientes acerca del triunfo de la Unidad Popular, y que destacan un presunto movimiento irresistible de radicalización en los años 1960 —y de frustración con el medio social—, Falcoff en cambio se detiene en su potencial conservador. El Chile que aparece es más bien una sociedad "corporativa" que ha aumentado sus demandas, pero que no quiere romper con sus instituciones sociales. Si el país algo no deseaba, era lograr una redistribución por medio de una economía de

mercado, a la vez que ni remotamente existía la situación que permitiera hablar de que las condiciones estaban "maduras para la revolución". Tanto la clase media como los sindicatos marxistas tenían sus intereses profundamente atados al sistema existente. "Hasta 1970 preferían posponer lo más posible —y por cualquier medio mantener— cualquiera decisión para alterar radicalmente las estructuras sociales y económicas que habían heredado" (p. 21). La misma elección presidencial, lejos de confirmar la supuesta tendencia hacia la izquierda, había entregado menos votos al candidato marxista que en 1964.

Más allá de la ahora tan desprestigiada teoría del "bloqueo invisible", el programa económico de la Unidad Popular, diseñado para obtener un abrumador apoyo electoral en el corto plazo, debía necesariamente fracasar en el mediano plazo. Las dificultades del gobierno eran producto "de la búsqueda de objetivos mutuamente excluyentes: inversión y consumo, pleno empleo y presupuesto equilibrado, desaliento de precios y mayor productividad, inflación y redistribución, independencia económica y un aumento importante de la deuda externa" (p. 72). Para Falcoff no hubo verdaderamente un camino chileno hacia el socialismo. Lo que realizó la Unidad Popular fue hacer la vida insoportable para el capitalismo chileno, ejecutando un populismo que estrujara "a los ricos", pero que económicamente era inviable y tenía que conducir forzosamente a una alternativa socialista.

Falcoff sigue la ruta del desastre en dos aspectos, la reforma agraria y la creación del "área de propiedad social". En la primera se produjo la mayor distancia entre los deseos y la realidad, y la reforma agraria, con la abolición del latifundio —que desde diversas persuasiones se aseguraba que era la fuente de la baja productividad agrícola—, no provocó un incremento de la producción. Por el contrario, lo que se tuvo fue una catástrofe alimentaria (unida a un crecimiento ultrakeynesiano del consumo) que obligó al gobierno a gastar las escasas divisas en aumentar la importación de alimentos. Aquí, añadimos, se debe ubicar una causa esencial de la falencia de medios de pago, antes que en esc mítico "bloqueo invisible", leyenda repetida, aunque varias veces demolida en otra parte. Por cierto, el raciocinio que existía tras esta política era esencialmente político, obtener la movilización del campesinado para convertirlo en un factor en la aguda competencia interna por el poder total. En cierta medida esta fue la realidad que se reveló también tras la creación del área de propiedad social. Se suponía que la plusvalía capitalista iba a financiar ese nuevo sector que representaba al naciente socialismo, pero finalmente no hizo más que aumentar sideralmente los tradicionales déficit del sector público. Sin

embargo, este fin se convirtió en "intransable" por parte del gobierno de Allende (o, lo que para el caso es lo mismo, de su coalición partidaria). Esta deficiencia, para el autor, constituyó "quizás la causa principal" de la caída de la Unidad Popular y el fracaso del "segundo modelo" de camino hacia el socialismo proclamado por Allende en 1971, ya que le llevó a privarse de su propia base de centro y centro izquierda, sin la cual no podía construir una mayoría requerida para los cambios radicales que propugnaba. Algo similar habría ocurrido en el caso del cobre, aunque en él existía un consenso —sobre cuya justicia tanto el autor del libro como el de la reseña abrigan dudas— que tendió un manto de legitimidad sobre la virtual nacionalización sin compensaciones de 1971. Ello no obstó para que también en este campo fallara la decisiva y requerida contención de los costos de producción. La agitación sindical, que había sido una fuente de poder de los partidos marxistas, pasó a manos de sus rivales que actuaban sobre terreno abonado.

Finalmente, el autor no escamotea el problema de las relaciones con Estados Unidos y de la intervención norteamericana. Nadie en Estados Unidos ha estudiado con tanta minuciosidad las fuentes en las que se basa la controversia. Falcoff demuestra persuasivamente cómo la política norteamericana más que determinante de los acontecimientos fue impotente para influir en los sucesos chilenos. No pudo en un primer momento tener éxito en su apoyo al gobierno "reformista" de Frei; y después, al contribuir al financiamiento de la oposición contra Allende, no logró la finalidad de posibilitar la prolongación de su vida hasta las elecciones de 1976. Cualesquiera "hayan sido sus intenciones, Estados Unidos fue completamente incapaz de ocasionar las debilidades fundamentales del régimen de Allende. Estas consistieron en el fracaso por obtener un mandato decisivo en las urnas, una coalición gobernante internamente inconsistente y frecuentemente en guerra con sus elementos constituyentes, una política económica desuñada a polarizar a sus partidarios y a sus enemigos, y, finalmente, la necesidad de recurrir a los militares para (mantener) la estabilidad que sólo podría haber sido provista por un consenso genuino. Aquí estaban —y no en las maquinaciones más imaginarias que reales de la CIA— plantadas las semillas del desastre" (p. 240). Por último, el autor esboza dos capítulos más sobre la caída de la Unidad Popular y sobre algunos rasgos del gobierno militar que le sucedió. Pero lo esencial del libro de Falcoff radica en colocar la intervención norteamericana en la política chilena en el contexto del desarrollo de la sociedad chilena durante el gobierno de Allende, y en esta empresa su autor nos parece exitoso.

Dos reservas se deben efectuar respecto de este libro. Una menor, y se refiere al papel de EE.UU. en la caída de la Unidad Popular. Falcoff

enuncia con vigor y credibilidad la relativa impotencia y sorpresa norteamericanas ante los acontecimientos de Chile. También el programa fundamentalmente "institucional" (esto es, democrático, legal) por medio del cual quería llevarlo a cabo: que el país escogiera un candidato no marxista en una pretendida segunda vuelta electoral (*Track II*), y que la oposición constituyera una alternativa vigorosa en 1976. Esto no es del todo falso, pero por muy alejados de la realidad chilena que hayan estado los responsables en Washington, no podían ignorar el potencial subversivo de sus empresas. El grueso de las fuentes indica que la posibilidad de un golpe era el deseo profundo —como solución inmediata— en 1970. También el apoyo a la oposición jugaba como idea alternativa a la posibilidad de un derrumbe anticipado del régimen de Allende, y por ello se enviaron poderosas señales a las FF. AA. ¿Se puede entonces "demonologizar" a Washington? Parece difícil, ya que esa ayuda, la de 1971-73, fue aceptada gustosa por los actores chilenos, quienes en diversas fases llegaron también a la conclusión de que la salida institucional se perdía en la polarización de 1972-73. Esta conclusión era compartida —en todo lo que no significaba instrumentalizar la institucionalidad para los fines de la coalición marxista— también por la mayoría de las fuerzas de la Unidad Popular. La concepción que del país tenía cada uno de los actores divergía tanto, que pensar en una sociedad a la cual se le debería fidelidad era imposible. Con todo, es difícil pensar que en Washington no se haya recibido con alegría el 11 de septiembre, como en su momento lo hizo la mayoría relativamente apreciable de los chilenos.

En segundo lugar, como vimos, todo el libro está cruzado de referencias a los objetivos políticos intransables del gobierno de la Unidad Popular, y con ello el autor se hace cargo de la polarización política. Pero no desarrolla el tema fundamental de la violencia política que esa polarización llevó consigo. Las "tomas", los "cordones", las "áreas de propiedad socialista" y toda la política de hechos que desarrolló la coalición marxista estuvo acompañada —como complemento insustituible— de una progresiva paramilitarización de la práctica política que diseñó un campo de acción y un método de sociabilidad política que condenaría al sistema democrático. Por cierto, estas tácticas condujeron a un proceso de mimesis en donde las fuerzas de la oposición de entonces llegaron a usar con considerable éxito las técnicas subversivas y violentas, especialmente hacia 1973. Naturalmente que en esa atmósfera no podía permanecer la fe en el sistema de negociación y transacción que le es inherente a la política democrática. Los tribunales, criticados no sin razón por su conducta posterior, quedaron impotentes para ayudar a mantener los márgenes del Estado de derecho. Es difícil desconocer que esta política fue promovida desde el aparato de

gobierno, y que en La Moneda se pensaba en ella como una "disuasión" para cuando fuese necesario.

Pero esta "disuasión" apuntaba hacia un código regulador que no se encontraba en los anales del desarrollo chileno, sino que estaba en los modelos paradigmáticos para la casi totalidad de la izquierda de entonces, las dictaduras totalitarias como la soviética o la cubana (paradigma leído por estos actores chilenos como "profundizar la democracia", "romper con la dependencia", "construir el socialismo"). Y en Chile, sin negar cierta exageración retórica de la entonces oposición, la que se resistía al modelo que se pretendía imponer (sólo el medio para acceder a él era diferente, se insistía), no podía encontrar en la institucionalidad vigente, erosionada por los múltiples resquicios legales, la roca que fuera un sostén inmovible del edificio político. De ahí a su demolición entusiasta e ingenua sólo había un paso. Es en este aspecto donde, miradas las cosas en 1970, parece haber habido una factibilidad, ya que aunque no mayoritarias, las persuasiones ideológicas radicales parecen haber dominado el aire intelectual de la época. Esto incluye la atmósfera ideológica que tendía a favorecer una legitimación transformadora de la sociedad chilena hacia metas que no podían diferenciarse mucho de las mostradas por los sistemas totalitarios o "socialistas reales". También aquí se encuentra la fatalidad de muchos líderes de izquierda, quizás la del mismo Allende: por un lado, el de haberse movido generalmente en un ambiente político democrático, y el cual sabían manejar, pero por otro lado su punto de orientación ideal estaba más allá de él. Al verse con el poder sólo supieron poner en marcha la política que tendía a esa dirección, sin hacerse cargo de las consecuencias probables. La ética de la responsabilidad no era el fuerte de la clase política chilena.

¿Por qué recordar estos episodios ahora, muchas veces repetidos, y con una interpretación brillante aunque ya anunciada en diversas obras de otros autores? Parece incluso de mal gusto, en el Chile del *juste milieu* y del Informe Rettig, romper el consenso que ha tendido un denso velo de silencio sobre estos años. Y esta actitud no necesariamente carece de motivos valederos. No siempre es cierto el lugar común que asevera que el olvido condena a la repetición. Pero si nuestra sociedad pretende obtener una madurez intelectual —lo que no se puede divorciar mucho de una madurez política, aunque no sean idénticas—, una mirada serena y desengañada a nuestro pasado inmediato se hace imprescindible. Es en esta ruta donde se inscribe la obra de Mark Falcoff, y debe ser leída atentamente, más allá de que se trata de una "perspectiva norteamericana", (des) calificación sumaria en la que caen chilenos y norteamericanos por igual. La empresa intelectual tiene también su propio universo, el que incluye a su propia justificación. □